



Manuel Arroyo-Stephens

Pisando ceniza

TURNER

T

Título:

Pisando ceniza

© Manuel Arroyo-Stephens, 2015

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2015

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: marzo de 2015

ISBN: 978-84-16142-29-3

Fotografía de cubierta:

Aftermath, de Michael Hall. © Getty Images

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

ÍNDICE

- I UN LIBRERO DE VIEJO
- II MELANCOLÍA DEL TORERO
- III REGIÓN LUCIENTE
- IV PALANGANA
- V EN LA TUMBA DE MI HERMANO
- VI RESPONSO

I UN LIBRERO DE VIEJO

Una tarde de invierno un tipo de aspecto sombrío que había estado merodeando por la librería esperó a que se fueran todos los clientes y se me acercó cuando estaba a punto de decirle que íbamos a cerrar. Llevaba una gran bolsa de plástico en la mano y me dijo con aire misterioso que quería enseñarme algo. Si no me importaba le gustaría hacerlo en la parte de atrás, donde podíamos hablar a solas. Le dije que mejor volviese en otro momento porque era tarde, pero fingió no oírme. Se acercó a la mesa de novedades que teníamos más cerca y sacó de la bolsa un estuche. Contenía varios volúmenes encuadernados en piel. Los desplegó sobre la mesa y se quedó observándome.

Mire esto, dijo con voz temblorosa. Era la edición en cinco tomos del facsímil de *Hora de España*. Yo había oído hablar de aquella mítica revista, la mejor que se publicó durante la Guerra Civil. La mencionaban con reverencia los que habían visto algún número suelto, que aparecía de tarde en tarde en las librerías de lance. Si alguien se hacía con un ejemplar lo escondía en su biblioteca y se lo enseñaba a los amigos como un trofeo raro y prohibido. Otros presumían de haberla conocido cuando se publicaba pero hacía años que no la veían. Recordaban a muchos de los colaboradores y su maravilloso diseño gráfico con un gesto expresivo y nostálgico. Yo no había conseguido ver ni siquiera un número suelto.

Depositó el pesado estuche sobre una mesa y hojeé el primer volumen. Nunca había visto nada tan bien diseñado, tan bien impreso, tan bien encuadernado. Ni soñando se hubiera podido en la España que yo conocía hacer algo así. Por no hablar del contenido y de las ilustraciones. Todos los grandes escritores fieles a la República habían colaborado en sus páginas. Por fin lo podía comprobar revisando los ín-

dices. Quienes hablaban de la maravilla que era esa revista se habían quedado cortos.

Nos fuimos al pequeño cuarto de atrás donde solía recibir a los amigos y estuve admirando los cinco volúmenes durante un rato, ante la mirada atenta y el silencio de aquel personaje que no se había presentado. Solo me dijo su nombre al despedirse, Ramón Moreno. Iba vestido con la pulcritud del empleado pobre, el nudo de la corbata descolorido por el uso, un jersey oscuro de lana que ocultaba los puños de la camisa. Movía las mandíbulas al hablar en sentido horizontal, sin despegar los dientes, y había que escuchar con atención para entenderle. Parecía un personaje de un cuadro de Zurbarán o de El Greco por su aire intenso y triste. Se acercaba mucho para hablarte, como por temor a que alguien le estuviese escuchando, tal vez sencillamente por hábito.

La edición facsimilar la había hecho una empresa domiciliada en Lichtenstein, aunque estaba impresa en un lugar no identificado de Alemania. El editor que se ocultaba detrás del sello Topos Verlag era un importante librero anticuario que tenía su negocio en un pueblecito de las montañas del Taunus, a unos cincuenta kilómetros de Frankfurt. Eso es lo que pude saber después de preguntar mucho a mi visitante, que contestaba en un susurro monocorde y defensivo, dando a entender que no era la persona adecuada para dar la información que le pedía.

En realidad quien se ocultaba detrás del editor alemán, que a su vez se ocultaba en el sello de Lichtenstein, era un hermano de mi extraño visitante. Usted tiene que conocer a mi hermano, me dijo, queriendo evitar que yo le siguiese interrogando. Tenemos una tienda en el callejón de Preciados, y yo creo que podrían verse la próxima semana. Mi hermano viaja mucho, pero le han hablado de usted y tiene interés en conocerlo. Yo creo que pueden ustedes hacer negocio, concluyó, dándome a entender una vez más que

él era un mero emisario. Metió con mucho cuidado los cinco volúmenes en el estuche y en su bolsa de plástico. Nos despedimos en la puerta interior que daba a un patio por donde los empleados habían salido hacía media hora.

Su hermano se llamaba Enrique Moreno. Antes de mi cita pregunté a varias gentes pero nadie me pudo dar mucha noticia de él. Solo lo conocían en el gremio de los libreros de viejo, donde todos insistían en lo poco que lo trataban y en lo reservado que era. Se sabía que tenía muy buenos libros y también buenos contactos. Pero nadie tenía verdadera amistad, menos aún familiaridad con él. Tampoco se sabía quiénes eran sus clientes, ni dónde se proveía de libros. Le habían puesto el sobrenombre de "el telón de acero" porque no habían conseguido sacarle nunca la más mínima información sobre su negocio.

Por un viejo encuadernador que llevaba muchos años trabajando para él supe años más tarde que era hijo de un maestro republicano fusilado cuando los nacionales entraron en Madrid. Lo habían visto arrastrando un carro de traperos por las calles de Madrid, comprando papeles y libros. Su madre se había quedado viuda con dos hijos todavía adolescentes. Se sabía que el negocio desde el comienzo estuvo a nombre de la madre, a quien nadie había visto nunca. Moreno la visitaba todas las tardes al cerrar la tienda, después de pasar por Casa Mira para comprar media docena de rusos y relámpagos, que merendaban juntos. La madre debía de tener unos ochenta y cinco años.

También se decía que su primera mujer lo había abandonado para escaparse, unos decían que a Portugal y otros que a América, con un amante y con una hija recién nacida a quien Moreno no había vuelto a ver. Sonaba a leyenda un poco infantil, pero era el tipo de rumores que gustaban y repetían los que lo habían tratado alguna vez. Se sabía que estaba casado en segundas nupcias y que tenía un hijo estudiando fuera de España, pero tampoco a esta segunda

esposa la conocía nadie. Lo cierto es que en el gremio de librerías anticuarias de toda España a Moreno se lo respetaba por su palabra, por sus contactos y sus conocimientos. Era el único que había traspasado las fronteras nacionales, el único que mantenía contactos con todos los grandes anticuarios de Europa. Bastaba con decir, como yo pude comprobar más tarde, que venías de parte de Moreno en cualquier librería anticuaria de Europa para que te trataran como a uno de los suyos y te diesen acceso a los libros más valiosos, amén de crédito ilimitado.

El callejón de Preciados apenas tiene setenta metros. Está situado en un lateral de la calle de su mismo nombre, la más comercial de Madrid. Millones de gentes pasaban por allí cada día, pero nadie reparaba en ese pequeño lateral donde la única tienda parecía cerrada. La persiana metálica siempre estaba echada. En el escaparate había unos pocos libros polvorientos editados en los años 40 o 50, detrás una cortina verde oscuro que no dejaba ver a quienes estaban dentro del local. Solo se distinguía por encima de las cortinas la luz blanquecina y uniforme de un tubo de neón que iluminaba el pequeño espacio que se adivinaba desde la calle. Al lado de la puerta había un timbre y Ramón se asomaba para comprobar quién llamaba. Abría solo cuando era el cliente o el proveedor que esperaban. De vez en cuando llamaba algún despistado y Ramón le explicaba a través de las rejillas que solo se recibía con cita previa. Si el despistado insistía en pedir una cita Ramón le daba el teléfono con un número cambiado y le despedía con una amabilidad oficiosa que no ocultaba sus pocas ganas de perder el tiempo.

Dentro del local trabajaban los dos hermanos. Enrique de espaldas a la ventana y Ramón al fondo, en el extremo de una mesa alargada y ancha que apenas dejaba espacio para la silla donde se sentaban las visitas, casi pegada a la puerta. Las paredes estaban cubiertas de estanterías, con li-

bros pero sobre todo con repertorios bibliográficos en varios idiomas. Ramón era el que los usaba para hacer las fichas en las que trabajaba incansablemente, sin levantar la vista más que para abrir la puerta. Nunca participaba en las conversaciones. En apariencia ni las escuchaba. De vez en cuando desaparecía por unas escaleras que había al fondo del local. Reaparecía con un libro, trabajaba con él un rato haciendo anotaciones en las fichas y volvía a desaparecer por las escaleras.

En aquel primer encuentro Enrique Moreno estuvo extremadamente reservado, casi tanto como su hermano cuando había venido a verme la primera tarde. Hablaba de vaguedades y cambiaba de tema constantemente, evitando que se concretase nada. Cuando me hacía una pregunta no esperaba a que le contestase, me interrumpía para hacerme otra pregunta cuya respuesta tampoco escuchaba. Tuve la sensación de que quería hacerse una idea de quién era yo más por mi aspecto y por mis modos que por lo que pudiera decir. En cierto momento me alargó un libro que tenía en su mesa y me dijo, con un poco de displicencia: mire esto. Era una edición de Quevedo, publicada en Flandes por Foppens en el siglo XVII. Moreno observó con interés cómo cogía yo el libro, cómo pasaba las páginas, cómo miraba el índice. Cuando se lo devolví me miró con una leve sonrisa de aprobación. Ahora voy a enseñarle a usted, aunque acabo de conocerlo, cómo se mete un libro en su estuche. Y giró el volumen, apoyando luego la punta de los cantos en el perfil del estuche por su parte inferior. Hizo un leve movimiento y encajó el libro con un gesto rápido y seguro.

Esperó más de una hora larga para comentar, como con un cierto descuido, que en realidad lo que quería era anunciarme que pronto iba a llegar su socio Detlev Auvermann a Madrid, y lo interesante que sería para mí conocerlo. Me habló de él sin decirme nada específico, dándome la impresión mediante muecas y pequeños soplidos de que era

una persona muy importante, con un negocio, unos contactos y unos conocimientos que muy poca gente tenía, no solo en España sino en toda Europa. Le pregunté si hablaba español y me contestó con un gesto de suficiencia que no solo español, hablaba correctamente cinco idiomas. Cuando quise saber cómo se le había ocurrido editar *Hora de España* me dijo que eso era algo que él mismo me explicaría, pero nada me iba a extrañar cuando lo conociese.

Con Detlev Auvermann estuve asociado quince años. Hicimos juntos la Biblioteca del 36, una colección de ediciones facsimilares de todas las grandes revistas de la Segunda República y de la Guerra Civil. Todas estaban prohibidas en España y las tuvimos que imprimir en Alemania. A veces tardábamos años en encontrar una revista a la que luego resultaba que le habían arrancado las cubiertas en la encuadernación o le faltaban páginas por cualquier otro motivo. Algunas de ellas, como *El Mono Azul*, eran en realidad pliegos sueltos que se habían publicado para distribuir en las trincheras y no había forma de encontrar algunos números. En otras, como era el caso de la misma *Hora de España*, se dudaba si había salido un número que estaba en imprenta cuando las tropas de Franco tomaron Barcelona, adonde se había trasladado la redacción después de la caída de Valencia. El esfuerzo para completar algunos números duraba años. En algunos casos teníamos que hacer un delicado trabajo en el laboratorio fotográfico para reconstruir o igualar tonos en textos o en ilustraciones. Pero al final quedaban tan bien impresas y encuadernadas, con prólogos y con índices tan cuidadosamente hechos, que algunos las preferían a los originales, que en todo caso eran inencontrables. Se imprimían quinientos ejemplares, de los cuales la mitad me los quedaba yo para meterlos de contrabando y venderlos en el mercado español. El resto los vendía Auvermann a bibliotecas de todo el mundo. Hasta que no desapareció la censura años más tarde mi nombre no pudo figurar como coeditor en ninguna de nuestras ediciones.

En el fondo de mi librería, un local que detrás del escaparate y la primera sala era un tubo lleno de esquinas y de cuartitos sin ventanas, había una sección de libros prohibidos. Eran los que mejor se vendían a cierto tipo de público. Había clientes que solo compraban en esa sección, como si adquirir libros prohibidos fuese su forma secreta de protesta o de consuelo. La mayoría de esos libros estaban editados en Argentina, de donde procedía casi la mitad de lo que se vendía regularmente. Las distribuidoras eran pequeñas empresas familiares que no tenían otra forma de hacer negocio. Asumían el riesgo de contrabandear libros con resignación, nunca por gusto. Uno de ellos, Ángel Latorre, me ayudó a sacar el imprescindible permiso de importador en el ministerio de Información y Turismo. Lo pedí para importar libros en lenguas extranjeras porque era menos sospechoso para los censores.

En poco tiempo dominé el negocio del contrabando. Con las facturas originales había que pasar antes de nada por el servicio de aduanas, un mero trámite que servía principalmente para poder pagar en divisas. El siguiente paso era la visita al inspector de policía, que repasaba las facturas autor por autor, atento a que no se colase ningún indeseable. Un autor que le inquietaba especialmente al inspector era Lord Byron, más por su licenciosa vida que por sus poesías, que un día me confesó que no había leído. ¡Este Byron, este Byron!, murmuraba cada vez que leía en una factura su nombre. Pronunciaba Byron con i latina, negándose a decirlo como lo hacía todo el mundo. Me tenía intrigado esa obsesión cuando un día el inspector se delató.

¿Sabe usted que Biron cometió incesto con su hermana? ¡Incesto y sodomía!, exclamó observando atentamente si yo me escandalizaba ante la noticia o la consideraba algo normal. Negué saberlo con un gesto de sorpresa y de asco. No digo que no fuese un buen poeta, pero la cosa se las trae, añadió poniendo el sello de "Autorizado" en la factu-

ra, con aire condescendiente. Desde que supe de su obsesión no volví a importar a Byron, no fuese a pensar cosas raras de mí. En realidad no lo había importado nunca. Nadie era tan tonto como para poner en una factura un nombre conflictivo y el inspector, que era por lo demás un hombre afable cuyo trabajo consistía en pasarse tres o cuatro horas cada mañana repasando facturas en un despacho sin calefacción, nunca inspeccionaba las cajas. Lo suyo era en el fondo una sanción moral. Si algún día hubiese comprobado lo que realmente escondían aquellas facturas se habría llevado un buen susto. Quizá lo hubiesen destinado a tareas más propias de su oficio, cosa que ni él ni los demás deseábamos. Era un hombre educado y se levantaba de su silla para darte la mano al devolver las facturas con el visto bueno del Cuerpo General de Policía.

Luego había que pasar por el cuerpo de Correos, dignamente representado por el señor Hermida. Ataviado con un mandil azul, Hermida paseaba incansablemente entre cientos de cajas y sacos amontonados en un local inmenso, azotado permanentemente por corrientes de aire helado, en todas las estaciones del año. Me recordaba el señor Hermida a Edward G. Robinson, aunque en una versión inexpresiva y tosca. Hablaba lo justo y no sonreía. Cuántas cajas son, murmuraba sorteando las pilas de sacas y bultos que en medio de la inmensa nave y junto a las paredes alcanzaban tres o cuatro metros. Caminaba a paso muy lento, conmigo detrás, hasta donde se amontonaban en un total desbarajuste las que yo iba a retirar. Con un olfato de perro viejo, no tenía que mirar ningún papel. Allí se quedaba parado, mirándolas fijamente, sin decir nada. En ese momento había que meterle en el bolsillo del mandil un billete de mil pesetas. Son muchas cajas, volvía a murmurar si eran más de una. En ese momento se le metía en el bolsillo otro billete. Con una mano palpaba los billetes. Si seguía callado alargaba otro billete. Cuando le parecían suficientes decía: puede llevárselas. Yo nunca tuve que darle más de cua-

tro billetes verdes pero supe de importadores que le dieron hasta quince. Una mina era aquel puesto de Correos.

Pasaba muchas tardes con Enrique Moreno en el callejón de Preciados, comentando y preparando futuras ediciones. Tardó casi un año en decirme que podíamos tutearnos y a partir de entonces empezó a hablarme con algo de confianza. Evitaba en lo posible las opiniones personales y procuraba referirse a sí mismo en tercera persona. "Uno en este negocio", decía, "tiene que ser discreto"; o "a uno no le gusta perder el tiempo con pamplinas"; o "la pena que tiene uno es no hablar tres o cuatro idiomas". La filosofía de su vida la resumía en una frase: "trabajo y economía, la mejor lotería". Cuando se le proponía algo que no veía rentable repetía con una media sonrisa: "donde uno no gana lo único seguro es que se pierde". En vez de decir que no le gustaba algo hacía un gesto de desdén encogiéndose de hombros. Para evitar hablar mal de alguien simplemente lo nombraba y a continuación resoplaba ligeramente. De política nunca opinaba pero creía tener la fórmula para acabar con el paro y con todos los males de España: la construcción de cuatro líneas de ferrocarril entre Madrid y Barcelona, en línea recta, dos para acá y dos para allá. Luego se irían construyendo ramales y nuevas líneas hacia otras ciudades, pero ya de dos en dos. Lo de las cuatro vías entre Madrid y Barcelona lo tenía obsesionado y en cuanto se hablaba de cualquier problema económico lo sacaba a relucir, como si fuese algo evidente en lo que nadie había reparado. Curiosamente, nadie le consultaba. En un momento de optimismo cuando ya me hablaba en confianza, me dijo, como quien hace una confidencia, que llegaría el día en que cuatro líneas no serían suficientes y habría que añadir otras dos, aunque ese día nosotros no íbamos a verlo.

Para entenderse con sus colegas europeos, Moreno se había hecho unos cuadernos con frases en cada uno de los idiomas de los países que visitaba. Antes de emprender el

viaje los repasaba concienzudamente. Pronunciaba como podía pero le acababa entendiendo todo el mundo, o por lo menos eso creía. En Londres se hospedaba en el hotel Savoy. Allí le había citado una vez el Aga Khan, que era uno de sus clientes. Un día me confesó que daba mayores propinas que él. A los ascensoristas les daba una libra cada vez que usaba el ascensor, a los camareros nunca menos de dos o tres por traerle el desayuno, a los porteros una libra cada vez que salía del hotel, aunque no necesitase un taxi. En realidad iba soltando las gruesas monedas que llevaba en abundancia en los bolsillos a todo uniformado que se le acercase dentro del hotel o cerca de la puerta.

Lo que más le fascinaba en el Savoy eran las gigantescas alcachofas de las duchas y el tamaño de las servilletas de hilo del restaurante. Se las colocaba en las rodillas y le llegaban casi hasta el suelo. No bebía, pero cuando invitaba miraba la columna de los precios del vino y pedía invariablemente uno de los más caros. Luego, también invariablemente, decía con una sonrisa que así estaba uno seguro de acertar. Insistió en que siguiese su ejemplo cuando tuviese que quedar bien. Lo mismo que a falta de una formación convencional había convertido la desconfianza y la discreción en armas para triunfar en la vida y los negocios, la generosidad en las propinas era su manera de obtener reconocimiento y respeto. Era tímido y un poco hosco en el trato y con las propinas desproporcionadas aliviaba en parte esos defectos. Una vez me dijo con una media sonrisa pícaro, después de haber dado una propina casi obscena a una cerillera a la que le había pedido una aspirina, que en la vida uno debía ahorrar en todo menos en propinas.

En su tiendecita del callejón de Preciados empecé a comprar algunas primeras ediciones de los poetas del 27 y de libros editados antes de la Guerra Civil. Más tarde, como si hubiese decidido que mi relación con él fuese un largo aprendizaje, Moreno empezó a enseñarme algunos li-